

Y el otro que agujetas y alfileres
Vendia por las calles, ya es un conde
En calidad, y en cantidad un Fúcar:

Y abomina despues el lugar donde
Adquirió estimacion, gusto y haberes,
Y tiraba la jábega en Sanlúcar.

El lector tendrá á bien recordar que el
Fúcar de entónces equivalía al *Rothschild*
de hoy, y que *jábega* es una red de pescar.

Vayan, por último, esos dos pedazos de
un romace del *satirico Oquendo*, criado del
Marqués de Cañete, virrey del Perú. Aunque el poeta no es de acá, su sátira convenía tambien á nuestra tierra, y quiero conservar lo que de ella pueda. Los dos pasajes, que á fé no carecen de chispa, parecen ser de una misma composicion.

¡Qué buena fuera la mar,

Amiga de gente grave,

Si lo que hace con los vinos

Hiciera con los linajes!

Que avinagrando los ruines

Los buenos perficionase.

Mas son contrarios efectos

Los que en estos casos hace,

Que á los bajos hace nobles,

Y á los nobles bajos hace,

Y en las playas de las Indias

Qué de bastardos que nacen!

Qué de Pedros Sanchez Dones!

Qué de Dones Pedros Sanchez!

Qué de Hurtados y Pachecos!

Qué de Enriquez y Guzmanes!

Qué de Mendozas y Leyvas!

Qué de Guevaras y Hardales!

Qué de Laras, qué de Cerdas,

Quiñones y Salazares!

Todos son hidalgos finos

De conocidos solares;

No viene acá Joan Muñoz

Diego Gil ni Luis Hernandez,

Sino todos caballeros

Y personas principales.

Sólo yo soy un pobrete

Sin Don y con mil azares,

Con un nacimiento humilde,

Y título de Joan Sanchez.

No vienen á buscar plata,

Que allá dejan sus caudales,

Sino que por ser traviesos

Perdieron sus naturales,

Porque mataron á un hombre

Y afrentaron un alcalde:

Como si no se supiese

Que allá rabiaban de hambre.

Todos fueron en Castilla

Amigos de personajes:

Su padre fué de una fuerza

Veinticinco años alcalde;

Y el otro murió en Orán

Defendiendo el estandarte;

Y luego que entran en fuga

Relatan nos sus viajes,
Cuentan nos cien mil mentiras,
Peligros y enfermedades,
Y que al salir de la Barra
Tuvieron mil tempestades;
Que encontraron un inglés
Que les robó sus caudales,
Y alijaron sus baúles
En el camino de Chagres.
Mas dejando sus mentiras,
Y viniendo á mis verdades,
Sólo una caja metieron
Con poco matalotaje:
Una sarten y una olla,
Inventora de potajes,
Una cuchara de palo,
Atun, aceite y viuagre;
Una cama de un seron
Arrimada al cabrestante:
Y luego van al virey,
Que importa mucho hablalle
Para dalle relacion
De quienes fueron sus padres:
Una carta que le traen
De un caballero muy grave,
En cuya virtud entiende
Que le hará mercedes grandes.
Maquinan torres de viento,
Conciben mil necedades;
Uno pide situaciones,
El otro pide heredades,

El otro repartimientos,
Otro pretende casarse:
El uno pide Arequipa,
El otro pide á los Andes,
Y aunque así como lo pide
El virey se lo otorgase,
No les premian sus servicios
Conforme á sus calidades:
Porque en Italia dejaron
Sus plazas de capitanes,
Y con esto que les dan
Aun no pueden sustentarse.
Malditos seas de Dios,
Embusteros charlatanes:
¿Entendeis que acá no hay hombres,
Servicios ni calidades?
Mil años viva el Marqués,
y quien se lo aconsejare,
Si cuando pedís la lanza
Con ella os alanceare.
Y llévele el diablo, amen
Cargado de memoriales,
Si luego que se los dais
Por ahí no los echare.
Vayan muy enhoramala,
Búsquenlo por otra parte,
Y trabajen en las Indias,
Como en Castilla sus padres.
Y el Don Ambrosio fingido
Con sus lechuguillas grandes
Tome el oficio que tuvo

Su padre Francisco Hernandez
Y el otro que en Lombardía
Tuvo una escuadra de infantes,
Si allá defendió la tierra,
Vaya allá que se lo paguen.
Que en leyes de presuncion
Se tiene por inviolable
Que sólo goce el fruto
Quien le regó con su sangre.

.....
Los que fueron al inglés
Cuentan maravillas grandes,
Los otros de la naval,
Los otros de Italia y Flandes.
Y todos estos señores
Fueron allá generales,
Y con el Señor Don Juan
Tuvieron negocios graves.
El otro tiene una carta
De su amigo el condestable
Que le avisa cómo el rey
Va á una jornada importante,
Donde va por mariscal
Un hermano de su padre;
Y si en aquesta ocasion
Se hallara en aquellas partes,
Sin duda fuera proveído
Por general ó almirante.
El ouo muestra un soneto
Que escribió á Doña Violante,
El otro saca un billete

Rabiando por enseñarle:
Al otro mira el virey
Y le dijo que esperase,
Y el otro salió proveído
El sábado por la tarde.
No puede decir adónde,
Que importa no publicase,
Y es el caso tan secreto,
Que aun el Marqués no lo sabe.
El otro tiene por cierto
Que le darán los Pacajes,
Y el otro va á Potosí
A un caso muy importante,
Y todos para la vuelta
Prometen de señalarse.

Imposible es juzgar de la acción y estructura del poeta de Terrazas por los pocos fragmentos que de él nos quedan: se sabe además que el autor no le acabó. Pero á mi juicio hay lo bastante para conocer que Terrazas era poeta de buena escuela, y que si tuviéramos completa su obra, no haría mal papel entre los varios poemas á que en los fines del siglo XVI y principios del XVII dieron asunto las conquistas de los españoles en el Nuevo Mundo. Fué el primero la *Araucana* de Ercilla (1569), que en mérito ocupa también el primer lugar, á pesar de sus defectos: la continuación de Santistéban y Osorio es poco ó nada leída,

Al mismo asunto dedicó el chileno Pedro de Oña su *Arauco domado* (1596), escrito, al parecer, con el intento de realzar el nombre del general de la expedición D. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, totalmente omitido por Ercilla y su continuador, como si aquel ejército no hubiese tenido cabeza Juan de Castellanos, andaluz beneficiado de Tunja, cantó las hazañas de la conquista del Nuevo Reino de Granada en sus *Elegías de Varones ilustres de Indias*, de que sólo se imprimió la primera parte en 1589; la segunda y tercera se han publicado en nuestros días (*Colección de Rivadeneyra*, tomo IV); la cuarta (y áun algo de la tercera) se ha perdido. Barco Centenera refirió en su *Argentina* (1602) la conquista del Río de la Plata, y Gaspar de Villagrà escribió en verso verdaderamente suelto la *Historia de la Nueva México* (1610).

Como no sabemos á punto fijo cuándo escribió Terrazas, tenemos que contar por primer cantor de las hazañas de Cortés á Gabriel Lazo de la Vega, caballero madrileño que publicó en 1588 la primera parte de su *Cortés valeroso y Mexicana*, reimpressa en 1594 con una segunda parte que no he podido procurarme. La primera comprende, en doce cantos y más de mil octavas, la relación de lo sucedido desde que

salió de Cuba la armada de Cortés hasta la prision de Moctezuma. Está dedicada á D. Fernando Cortés, nieto del conquistador. El autor no ofrece más que una historia sin adorno alguno:

No pienso con doradas sutilezas
Las cosas escribir que no pasaron;
Sólo prometo de decir verdades
Desnudas de inventiva y variedades.

A pesar de la promesa, introdujo episodios hartos infelices, como el de Clandina en el canto IV (continuado en el VIII), y también su parte de *máquina* en el VI, donde interviene Santiago por tres veces en favor de los españoles. Revuelta en extraña mezcla con el santo anda en el poema la mitología, y todo el canto XI está destinado á un ridículo episodio, en que quiso imitar el del canto IX de *Los Lusíadas*. Finge el poeta que Marte y Minerva le fueron á Júpiter con la embajada de que era muy puesto en razón que los dioses ofreciesen «prósperas señales» á un valiente español que llevaba «justas y graves pretensiones», como debían serlo sin duda para los dioses del paganismo las de introducir en el Nuevo Munda la fé cristiana que había acabado con todos ellos. Accede Júpiter á la petición, por ser de justicia; pero considerando

indecoroso á su alta categoría meterse en pormenores de mayordomo, ordena que por segunda mano se haga á Cortés una gran fiesta en Tlaxcala. Armados Marte y Minerva con aquella licencia, preparan todo; y hé aquí que andando Cortés de cacería se aparta de los suyos, engolfado en perseguir á un *cerdoso animal*, que á la cuenta debió ser un jabalí de la tierra, y corre hasta encajarse con él en un «hondo peñasco.» Desde allí descubre de súbito un amenísimo campo mitológico, lleno de los árboles, cañas y demás cosas en que se trasformaron los héroes de Ovidio. Después de una brava tempestad, todos aquellos individuos recobran provisionalmente sus prístinas formas y arman una gran fiesta, de que ya estarían ganosos. Las ninfas danzan, saludan luego á Cortés; y Calianera, una de ellas, echa mano de su instrumento á cuyo són canta, en profecía ya pasada, todos los sucesos, enlaces y descendencias de la casa de Cortés hasta el punto en que el poeta escribía, y no más; sin olvidarse de añadir, como una de las glorias de la casa, que á la edad de veintinueve años sacaría á luz sus versos, en la *antigua* villa de Madrid, Gabriel Laso,

Del tronco antiguo y claro de la Vega.

Y con eso, y con poner la ninfa una corona de roble en las sienes de Cortés, éste, en tal guisa, y sin haber desplegado los labios,

Volvió donde el caballo había dejado,

y se acabó la historia.

Por esta muestra puede juzgarse del poema. Los nombres indios que amontona Gabriel Laso son de lo más original que imaginarse puede: el esposo definitivo de aquella asendereada *Clandina* era tabasqueño y se llamaba *Hipandro*. Del humilde estro del poeta dará idea la siguiente octava del canto IV, que tomo al acaso, entre las muchas que pudiera transcribir:

Oyeron los trescientos emboscados
Jugar la artillería reforzada,
Y como leones fieros desatados
Dejan el sitio oculto y enramada:
Los instrumentos bélicos tapados
Se mueven á la seña deseada
En el asalto codicioso fiero
Queriendo cada cual ser el primero.

D. Antonio de Saavedra Guzmán, mexicano como Terrazas, pero más afortunado que él, acabó y logró ver impreso su *Peregrino Indiano* (1599). A la verdad, habría convenido que la Fortuna trocara sus favo-

res. Era D. Antonio descendiente del Br. Pedro Díaz de Sotomayor, uno de los conquistadores: por el abuelo paterno biznieto del primer conde de Castelar D. Juan Arias de Saavedra, y por la abuela nieto del gobernador D. Alonso de Estrada, según escribe Dorantes. Casó con nieta de Jorge de Alvarado, hermano del célebre D. Pedro, y se dedicó al estudio de las bellas letras, de la retórica y poética en especial, á las cuales añadió el conocimiento de la lengua mexicana, no raro entonces entre los criollos. Fué corregidor de Zacatecas, y nos cuenta que por haber querido administrar recta justicia, se levantó contra él una tempestad que le costó el empleo. Estuvo también de visitador ó tasador en Tezcoco. Pasó á España, probablemente con alguna pretension, y en los setenta días que duró el viaje de mar, compuso su *Peregrino* con los materiales que había acopiado en siete años. No sé si volvió á su patria, ó qué fué de él. Imprimió su poema en Madrid, y prueba de que estaba bien relacionado en la Corte, es haber logrado elogios de muchos poetas, para encabezar con ellos su libro: véanse, allí, entre las otras composiciones, dos sonetos, uno de Espinel y otro del gran Lope, que por cierto no aumentarán la fama de aquellos ingenios.

Saavedra ofrece servir «un manjar de verdad» y tratar las cosas «sin más jugo en la historia, que hacerla verdadera.» Después de haberlo dicho en prosa, lo repite en algo que parece verso, así:

No lleva el ornamento de invenciones
De ninfas Cabalinas ni Parnaso,
De Náyades, Planetas ni Tritones,
Que yo tengo por dar el primer paso:
No sé quién son los fuertes Mirmidones,
Ni aun el Pelóponeso ni el Ocaso,
Porque me han dicho, cierto, que es lo fino,
Decir pan por pan, vino por vino

Como era natural, supuesta la intención de hacer historia verdadera, su poema empieza con la expedición que Cortés sacó de Cuba, y acaba con la prisión de Cuauhtemotzín. Consta de 2039 octavas, distribuidas en veinte cantos. Es un verdadero diario de operaciones, adornado con *parlamentos* de los indios, arengas de Cortés, batallas, tempestades y amoríos de indias todo pobrísimo. Refiere también sucesos tratados por Terrazas, ú otros, en los fragmentos que ahora publico: como el del timón de Morla, el de la lebreja, el sermón de Cozumel, y la historia de Márcos de Aguilar; pero quedando siempre inferior. El episodio más estrafalario es el de la ago-

rera de Tlaxcala que confeccionó un *peyote* ó menjurje con las cosas más sucias y extrañas, coleccionadas de todas las partes del mundo: le tomó, é invocando á Plutón, á las Furias, al viejo Carón, á Demogorgón y á otros personajes por el estilo, se le oparecieron «cien mil legiones del abismo horrendo,» y vió el mundo entero: de todo lo cual resultó conocer que México y Tlaxcala habían de ser sojuzgadas por los españoles. Oyendo aquella sentencia irrevocable, resolvió el senado hacer las paces, y de ahí vino la rendición de Tlaxcala y su constante amistad con Cortés. Y es de notar, que esto no lo da el autor como *máquina* del poema, sino como hecho acontecido en realidad.

Sin duda para quitar al rey el desabrimiento que le había causado la relación de los desastres de la *Noche triste*, le encaja (Canto XIV) la historia de un sueño en que se aparecieron al autor, llevado en espíritu al Averno pagano, muchos personajes alegóricos, como la Envidia, la Mentira, etc.; más una multitud de extrañas fieras y vestiglos, para venir á parar todo en una especie de chabacana apoteosis de Felipe III, á quien el poema está dedicado.

En el canto primero interviene Luzbel para suscitar una furiosa tempestad contra

las naves de Cortés: éste, considerándose ya perdido, pide á Dios que el castigo merecido por las culpas de todas aquellas gentes caiga sobre él solo; pero al mismo tiempo ruega que se le deje llevar á efecto la santa empresa comenzada. Su oración es oída: aparecen las luces de San Telmo, y cesa la tempestad. Esto es lo que hay de *máquina* en el poema.

En la introducción del canto XV están, como ántes hemos dicho, las amargas quejas del autor por el mal pago de sus servicios: y de ahí, sin más tropiezo que un episodio de amores de una india con Juan Canisino, prosigue la historia desde la retirada de Cortés después del desastre de la *Noche triste*, hasta la prisión de Cuauhtemotzin y toma de la ciudad. En la última octava promete otras obras:

Suele la tierra inculta, mal labrada,
Dar de la primer mies muy poco fruto,
Y siendo con cuidado cultivada
Produce en abundancia su tributo.
Yo soy la tierra estéril, mal labrada
Que el invierno me fué seco y enjuto:
Aguárdeme á quien mal he parecido
Que mi segundo fruto vea cogido.

Ignoro si daría el ingenio de Saavedra
see segundo fruto: en todo caso el primero

fué bien desabrido. Su verificación rara vez pasa de una prosa rimada, llena de ripios y de consonantes triviales; pobre, desmayada, sin invención ni asomo de estro poético. A pesar de que no hay poema, por malo que sea, en que no puedan escogerse trozos donde se descubran buenas dotes del autor, confieso que he leído de principio á fin el *Peregrino* de Saavedra, sin encontrar algo con que poder atenuar mi riguroso juicio.

Mas á pesar de eso, parece que la obra no desagradó del todo á los contemporáneos. No hablo de los exajerados elogios que otros poetas pusieron al principio del libro, porque todos sabemos lo que significan esos elogios pedidos con poca modestia y dados acaso con menos gana; pero veo que Dorantes, hablando del suceso de Juan Cansino y la india, dice: «Lugar y paso es este que dejó su encarecimiento á los poetas, que le pinten con vivos matices y colores, como ya ha sacado la labor de la muestra de este paño, en el tinte de muy hermosa color, nuestro natural D. Antonio de Saavedra Guzman, en el *Peregrino*, que así como lo es en la historia, lo ha sido en ser el primero que ha arrojado algo de la grandeza de la conquista deste Nuevo Mundo.» Toda- vía, muy cerca de nuestros tiempos, Beris-

tain dijo que se encuentra en el *Peregrino* «más *naturalidad* y exactitud, que en el poema en prosa de D. Antonio Solís.» Alude luego al juicio de Clavigero, quien dijo que el *Peregrino* debía contarse entre las historias de México, porque no tiene de poesía sino el metro, y añade en són de desquite: «tal sucede en la *Farsalia* de Lucano.» Ya el gran Lope había llamado á Saavedra «el Lucano de Cortés.» Mas pienso que á pesar de los defectos notados al poema de la víctima de Neron, esa especie de paralelo, encerrado en una frase, fué un *flaco servicio* hecho al pobre de Saavedra. La comparación con Solís no es tampoco muy favorable, pues la *naturalidad* y *exactitud*, no son ciertamente las cualidades que principalmente se exigen á un poema. La primera degenera fácilmente en prosaismo, la segunda no es ni puede ser nunca tan completa, como la de una buena historia. Si de exactitud y naturalidad se trata, ahí está la *Historia de la Nueva México* del capitán Gaspar de Villagrà, que á lo mejor interrumpe sus versos para copiar al pié de la letra cédulas reales, mandamientos y actas de posesión.

Saavedra quiso ser el primero en hacer historia mexicana de la conquista:

Aníname, Señor, á echar el resto
No con poco temor y sentimiento,
El ver que soy en México nacido
Donde ningun historiador ha habido;

pero contagiado del mal de la época, erró el rumbo, y sin medir sus fuerzas, resolvió hacer en verso su historia, de donde resultó, como siempre sucede en tales casos, que no hizo historia ni poema. La suma rareza del libro fué lo único que motivó su reimpresión en 1880.

Forma contraste con Saavedra otro mexicano D. Francisco Ruiz de León, autor de «La Tebaida,» poema en cuatro cantos, hoy perdido; de la «Mirra Dulce,» impresa en Santa Fé de Bogotá el año de 1791, y de la «Hernandia,» poema heroico de la Conquista de México, en doce cantos de octavas reales, impreso en Madrid en 1755. Al desmayado prosaismo de Saavedra sustituye el estilo embrollado y gongorino que estaba entonces en su apogeo. Hay muchos trozos de la «Hernandia» verdaderamente ininteligibles, y hasta dudo que el autor mismo pudiera dar razón de lo que quiso decir; pero en medio de esa insufrible hojarasca, y á pesar de algunos versos duros ó mal medidos, muestra Ruiz de León verdaderas dotes de poeta. Su versificación es infinitamente su-

perior á la de Saavedra: la estructura del poema mucho más sobria, como que sólo narra los acontecimientos principales. Introdujo su parte de máquina en el canto IV, donde supone que Luzbel, irritado por el daño que iba á causarle la expedición de Cortés, convoca á sus ministros para arbitrar algún medio de atajar los pasos al conquistador. Hay que convenir en que esto es mucho más oportuno y apropiado, que los festejos de las ninfas y divinidades griegas en Laso de la Vega y en Camoens. Por desgracia, no pudo Ruiz de León librarse del contagio de aquella caduca mitología, y su cuadro del infierno es enteramente pagano. Hay una descripción de la antigua ciudad de México, y otra de una fiesta que Moctezuma dispuso para obsequiar á Cortés: ambas pomposísimas, impropias y exageradas al extremo. En el canto IX introdujo una relación de las revoluciones de Europa, que ninguna conexión tiene con el asunto del poema. Ruiz de León, en mejor época, habría sido un poeta notable: el mal gusto de su tiempo estragó sus buenas disposiciones. No debo detenerme más en su libro, porque no pertenece al siglo XVI: le menciono solamente por el asunto. Igual razón me llevaría á decir algo de «La Cortesiada,» poema trabajado con grande es-

mero, durante muchos años, por el jesuita mexicano P. Agustín Castro; pero quedó inédito en Italia, y no le conozco. Para cerrar la serie de estos poemas, resta nombrar la «México Conquistada» del célebre canónigo Escoiquiz, que en tres tomos y veintiseis cantos de octavas se publicó en 1798. Este pobrísimo trabajo marca quizá el último punto de prosaismo á que puede llegar un llamado poema heroico. No se levanta sobre el tono de una narración familiar hecha á un amigo de confianza. No hay entonación, no hay calor, no hay un sólo arranque poético. Las rimas son comunes, verbales casi siempre: los versos desmayados, inarmónicos: las comparaciones muchas y triviales: los nombres, más bien araucanos ó estafalarios, que mexicanos. Ni el triste mérito de la fidelidad histórica tiene, porque falta á ella gravemente y de continuo. Ticknor es demasiado indulgente con este poema, y aún sospecho que no le leyó bien, pues precisamente le alaba por «la exactitud histórica en que se encierra.» Fué además injusto con Ruiz de León. Hablando de la «Hernandía,» la califica de tentativa épica más desgraciada aún que la de Escoiquiz. No estamos conformes. Ruiz de León con su gongorismo, y todo, tiene algo más de épico, es mucho más poeta y

aún mejor historiador, que el desmayado canónigo.

Saavedra Guzmán representa la época de fiebre poética que reinó aquí por el último tercio del siglo XVI, en que hasta los hombres de ménos vena sentían comezón de versificar. Ruiz de León nos da una buena muestra del gongorismo mexicano, quizá más refinado que el español. Escoiquiz es, en igual asunto, ejemplo del prosaismo en que cayó la poesía castellana, por extremar la reacción contra el gongorismo. Terrazas, por lo poco que de él conocemos, parece haber pertenecido á la buena escuela del siglo XVI. Sin ser un poeta de primer orden, era ciertamente, superior á los otros, porque no carecía de facultad poética, usa en general lenguaje claro y sencillo (si bien no siempre exento de afectación), y no se deja caer en la bajeza del prosaismo.

Discutir ahora si la conquista de México da asunto propio para una epopeya, y si el héroe reúne las condiciones requeridas en un personaje épico, sería ajeno de este lugar. Lo indudable es que entre los cantores de aquellas hazañas, ninguno era suficiente para la tarea que tomó á su cargo. Ninguno acertó á aprovechar la parte filosófica de aquel gran acontecimiento, ni á realzar el punto capital de su interés: la lu-

cha entre dos civilizaciones, y el triunfo de los pocos dirigidos por la inteligencia contra la muchedumbre de un pueblo decadente que no podía oponer sino la fuerza bruta. Ninguno sacó partido del notable papel de la intérprete y dama de Cortés. Ya que á tanto no alcanzaran, podían siquiera, para salir ménos mal del paso, haber levantado el estilo cuando la ocasión lo pidiera, sirir por eso á perderse entre las nebulosidades culteranas; haber versificado bien, ya que las galas de la poesía llegan hasta realzar el frívolo asunto de los poemas burlescos: haber aprovechado ciertos lances para mover los afectos, y sin aspirar á una epopeya, imposible para la época y para ellos, haber dado decoro, amenidad é interés á la narración. A mi juicio, el que más se acercó á esta honrada medianía fué nuestro Terrazas.

Diciembre de 1883.



REPRESENTACIONES RELIGIOSAS

DE MÉXICO EN EL SIGLO XVI. *

EA gran popularidad que alcanzaron en España las representaciones religiosas, especialmente en los siglos XVI y XVII, época de su mayor lustre, es un hecho innegable que bastaría para justificar el interés con que hoy se mira esa rama importantísima de la literatura española, aún cuando no lo aconsejaran así razones de mayor peso. No es mi ánimo relatar el origen y vicisitudes de esos espectáculos, y ménos calificar el mérito y oportunidad de ellos. Vasto asunto es ese, que ha dado ocupación á

* Este artículo aparece al frente del libro *Coloquios Espirituales y Sacramentales*, del Pbro. Fernán González de Eslava [escritor del siglo XVI], reimpreso por el Sr. García Icazbalceta en 1877. (N. del E.)